

Cuadernos
de la Fundació **50**
Víctor Grífols i Lucas

Pensar la maternidad

FUNDACIÓ
VÍCTOR
GRÍFOLS
i LUCAS

6994/01
04/07/2019

Pensar la maternidad
50

Cuadernos
de la Fundació **50**
Víctor Grífols i Lucas

FUNDACIÓ
VÍCTOR
GRÍFOLS
i LUCAS

Pensar la maternidad

Cuadernos de la Fundació Víctor Grífols i Lucas
Pensar la maternidad Nº 50 (2019)
Edita: Fundació Víctor Grífols i Lucas. c/ Jesús i Maria, 6 - 08022 Barcelona
fundacio.grifols@grifols.com www.fundaciogrifols.org
ISBN 978-84-09-13145-7 Depósito Legal: B 18649-2019

Cuadernos
de la Fundació 50
Víctor Grífols i Lucas

SUMARIO

Pág.

Presentación

Victòria Camps 7

Resignificar la maternidad

M. Dolors Renau 13

Cómo se vive la maternidad

Carolina del Olmo 21

La maternidad en primera persona

Gemma Cánovas 35

La igualación de maternidad y paternidad como nuevo avatar de un orden patriarcal

Patricia Merino 43

Problemas y virtudes de la maternidad adoptiva

Eva Maria Gispert 53

Relación de ponentes 60

Títulos publicados 62

PRESENTACIÓN

Como todo fenómeno cultural, la concepción y la percepción de la maternidad ha experimentado cambios a lo largo de los tiempos. Lo dice muy bien Dolors Renau en la primera ponencia recogida en estas páginas: «la maternidad ha definido siempre la vida de las mujeres», pero lo ha hecho con significados diversos. Por lo general, y durante siglos, el sentido ha venido impuesto por la convicción indiscutida de que ser madre forma parte del ser de la mujer y no solo es difícil, sino disfuncional y perverso, sustraerse a un destino marcado por la naturaleza. No hace falta explicar que el proceso de emancipación de la mujer tuvo como una de sus primeras consecuencias la conversión de una fatalidad que pocas mujeres se atrevían a cuestionar en una posibilidad. La repetida tesis de Simone de Beauvoir, «la mujer no nace, sino que se hace», hizo que las mujeres empezaran a disponer de la libertad para prescindir de la condición de ser madres como parte ineludible de su ser. O, por lo menos, comenzaron a pensar que estaban ante una opción y no ante un destino ineludible. La libertad de poder escoger, ayudada por los avances en el control de la natalidad, ha producido un cambio sustancial en el sentido que damos a la maternidad. Hoy es una opción cada vez más controlable. Es legítimo que la mujer decida si quiere o no quiere tener hijos, cuántos quiere tener, e incluso cómo quiere tenerlos. Las tecnologías reproductivas y la liberalización de las costumbres están al servicio de decisiones impensables hace no tantos años.

Esta transformación indudablemente liberadora para la mujer no ha dejado de tener consecuencias para el conjunto de la sociedad, empezando a plantear interrogantes de carácter social, político, cultural y también ético. Si hasta hace relativamente poco, cuando controlar la natalidad de forma segura era una quimera, el problema socioeconómico, que aún afecta a los países poco desarrollados, era el exceso de nacimientos, hoy estamos en el extremo opuesto. En los países económicamente avanzados, en especial en aquellos donde no ha habido políticas sostenidas de protección de la maternidad, como es el caso de España, la disminución de la natalidad sería un dato alar-

mante si no se compensara de hecho con el crecimiento de la inmigración. Por otra parte, las oportunidades que se le ofrecen a la mujer para acceder a la formación y al mercado laboral chocan con el deseo reproductivo, que se ve pospuesto hasta límites alcanzables gracias a los avances de la reproducción asistida. Todo ello ha repercutido en efectos imprevistos con respecto al uso y alcance de las técnicas reproductivas que, si bien fueron alumbradas con el fin de solucionar la esterilidad, han acabado desempeñando una función que va mucho más allá de ese primer objetivo. Es cierto que dichas técnicas acuden en auxilio de las dificultades para concebir, pero esos impedimentos ya no vienen dados solo por anomalías físicas, sino porque la mujer no se somete a los periodos biológicos propicios al embarazo. A medida que las oportunidades en cuanto a proyectos vitales para ambos géneros se han ido igualando, la maternidad se le aparece a la mujer como un obstáculo para el desarrollo continuado de su vida profesional. Es lógico que posponga la satisfacción del deseo de ser madre aun teniendo en cuenta los inconvenientes que ese retraso conlleva.

El feminismo, en todas sus fases y edades, ha tenido con la maternidad una relación complicada. Las primeras feministas no renunciaban a su condición femenina por el hecho de reivindicar el derecho al voto o a la educación. Florence Nightingale, un icono en el ámbito de la enfermería, no puso en cuestión que era función de la mujer ocuparse de las tareas del cuidado. Cuando llegaron reivindicaciones más fuertes, con la voluntad de no renunciar a nada considerado hasta entonces exclusivo de los varones, la maternidad empezó a ser un estorbo. Algo de lo que no convenía hablar mucho para que no interfiriera en la lucha por la emancipación. Era evidente que una maternidad temprana impedía la inserción plena y duradera en el mercado de trabajo, más aún cuando el reparto de las tareas domésticas y la crianza de los hijos entre el padre y la madre todavía no formaba parte de las reivindicaciones a favor de una mayor igualdad. Las llamadas *superwomen* del último tercio del siglo pasado representan a la feminista de una época que paga un coste excesivo por no renunciar a nada, ni a los hijos ni a la propia realización profesional. Solo cuando el feminismo acuña el eslogan de que «lo personal es político», el ámbito de la vida privada empieza a ser reconocido como imprescindible tanto para el bienestar del conjunto de la

sociedad como para avanzar en la emancipación femenina. Se extiende la idea de que sin una ayuda pública decidida y sostenida, sin un cambio real en la división del trabajo doméstico, sin un reconocimiento social, político y cultural de las tareas reproductivas, la emancipación de la mujer no será nunca satisfactoria.

En el ámbito de la Bioética, la cuestión de la maternidad tampoco ha sido considerada en sus múltiples dimensiones. La Bioética se ha limitado a analizar algunos temas específicos, como la legitimidad moral del aborto, las técnicas de reproducción asistida y, en los últimos años, la gestación subrogada que, siendo un fenómeno minoritario, se ha convertido en una de las cuestiones más polémicas por las posiciones políticas discrepantes que provoca. Son aspectos todos ellos importantes, que tienen que ver con la emancipación de la mujer, pero ceñidos a preguntas limitadas que no suelen ir mucho más allá de la confrontación ideológica. Son temas, sin embargo, que, indirectamente, han modificado y están modificando las visiones más tradicionales de la maternidad, como es obvio que ocurra en un mundo que ofrece cada vez más posibilidades de escoger entre opciones distintas a todos los niveles. Las mujeres son ahora infinitamente más libres con respecto a la decisión de ser madres. Una mayor libertad debe ir acompañada de una mayor responsabilidad que considere cuál es el precio a pagar, individual y colectivamente, por ese más alto grado de libertad.

Tal es la razón por la que, desde la Fundació Víctor Grífols, hemos creído interesante plantear el significado que tiene y debe tener la maternidad en nuestro tiempo. Por los problemas socioeconómicos que derivan de la disminución de la natalidad; por el desarrollo no previsto de las técnicas de reproducción; por los cambios en la concepción de la familia y en las distintas formas de agrupaciones familiares; por la extrapolación del deseo de ser madre o padre a la reclamación de un derecho. En fin, es ineludible pensar la maternidad como un anhelo cuya satisfacción es problemática y plantea una serie de interrogantes cuya respuesta le concierne a toda la sociedad. Ser madre no es una cuestión solo de interés privado, sino público. Lo cual significa que afecta a la autoconcepción de la mujer y también a las relaciones entre hombres y mujeres en un clima de creciente reivindicación por una igualdad auténtica, real y no solo jurídica.

Porque el interés es público, la política no puede desentenderse más de los problemas que una natalidad a su debido tiempo tiene para las mujeres. Para ello, ha de atender a dos vertientes. Ha de proteger a la mujer o a las parejas que quieran reproducirse, evitando al mismo tiempo que el fomento de la natalidad produzca una reversión en el deseo de la mujer de competir en el mercado laboral en condiciones de igualdad con el varón. Hasta ahora, las medidas de conciliación laboral y familiar son bien recibidas por las mujeres, pero tienen el inconveniente de que parece que el asunto en cuestión les concierne solo a ellas. Son las mujeres las que se acogen en primer término a trabajos a tiempo parcial para compaginarlos mejor con las obligaciones de la crianza y el cuidado de los hijos. Pocas veces es el padre el que elige esa opción y decide compartir el horario laboral y el doméstico. Al respecto, los permisos de maternidad/paternidad siguen siendo, entre nosotros, escasos. Nada le asegura a la madre que podrá reemprender sin dificultades la carrera profesional una vez cumplidas las obligaciones con los hijos pequeños.

Dicho de otra forma, los cambios y los modos de protección a la mujer o a la familia que se ponen en marcha siguen siendo superficiales, no van a la raíz de una concepción de la vida social que ha privilegiado siempre la producción sobre la reproducción, favoreciendo, en otras palabras, el trabajo remunerado sobre el no remunerado. Es cierto que recientemente se está queriendo dar un valor preponderante a los «cuidados». Muy tímidamente se está empezando a ver que cuidar es una obligación que concierne a todos, que el estado de bienestar ha de implicarse como sea en la asignación de unas responsabilidades que no son solo de las mujeres, como lo han sido hasta ahora, sino de todos. Pero el cambio que ello implica debe ser más estructural, un paradigma distinto que reconozca tanto el valor de la vida productiva como el de la vida reproductiva para un futuro más justo y equitativo.

La maternidad ha de convertirse en una preocupación social prioritaria no solo por una cuestión pragmática, para salir del «invierno demográfico» en el que estamos, sino porque la experiencia de ser madre es un valor en sí mismo, como lo es experimentar la importancia y la intransferibilidad total de los cuidados. Ser madre no debería significar un paréntesis en el ritmo de una forma de vida que poco tiene que ver con las exigencias que reclaman los cuidados. Exigencias que se combinan mal con la mercantilización, con las

prisas, con el rendimiento medible solo con dinero. Precisamente porque ser madre es una decisión libre, a las mujeres les cuesta cada vez más encajar esa decisión en una realidad en la que no hay espacio para las imprevisiones y las «pérdidas de tiempo» que requieren los cuidados.

Las cuestiones que han merecido la atención de la Bioética, como la interrupción voluntaria del embarazo o los vientres de alquiler, adolecen en muchos casos de una concepción individualista de la mujer que, como propietaria de su cuerpo, aborda el embarazo o la gestación subrogada banalizando, poniéndola al mismo nivel que la decisión de hacerse un tatuaje o de contratar una empleada. Procrear no es una cuestión de una ni de dos personas, sino de tres. El individualismo dominante, confundido con la promoción de la libertad, tiende en ocasiones a obviar la responsabilidad que la madre o el padre adquieren ante sus hijos. No estamos ante una cuestión meramente biológica y naturalizable, ni ante una realidad que quepa afrontar sin tener en cuenta las consecuencias que la consideración de la maternidad como un tema prioritario o secundario puede tener para el futuro de la sociedad.

Las páginas que siguen se enfrentan al trasfondo de estas reflexiones. Reproducen algunas de las ponencias presentadas en la jornada organizada por la Fundació Víctor Grífols con el título de «Pensar la maternidad». El éxito que tuvo la convocatoria pone de manifiesto que el tema merece ser «pensado», que los cambios sociales y tecnológicos inciden inevitablemente en una concepción de la maternidad «desnaturalizada», para bien y para mal; esto es, la maternidad entendida como un acto libre y responsable, pero con una serie de dimensiones y consecuencias que no deben eludir el debate público.

Victòria Camps

Presidenta de la Fundació Víctor Grífols i Lucas

Resignificar la maternidad

M. Dolors Renau

Psicóloga, escritora y política

La experiencia de la maternidad –tanto si se trata de una realidad vivida personal, próxima o individualmente como si la consideramos un potentísimo, aunque a menudo visibilizado, «normalizado», referente cultural– ha estado durante siglos y aún sigue presente de forma constante en la vida de las mujeres: primero en la niñez y más adelante como un fenómeno con frecuencia inesperado en la adolescencia y una realidad posible, probable, deseada o no, en la juventud y adultez. Impregna a menudo el corazón mismo de los primeros juegos, de las primeras prendas de vestir; acompaña los primeros pasos educativos. Y los primeros escauceos amorosos. Como una fina capa invisible, como algo habitual y prácticamente normalizado e invisible que respiramos, se infiltra en nuestra cultura y nuestro vivir cotidiano. Nada nuevo. Tanto en la actualidad como en el pasado, bajo diversas formas, siempre ha estado presente en la vida de la mujer, en todas las épocas y avatares. A menudo lo hace como mercancía que se vende en cualquier momento de la vida.

Los cambios culturales –y últimamente las enormes transformaciones técnicas y los avances científicos– han posibilitado no tan solo mejoras evidentes en las formas de prevenir los embarazos no deseados o los abortos, sino diversas y variadas técnicas reproductivas que van señalando una fuerte tendencia a la comercialización del cuerpo humano o de partes de él (venta de óvulos, por ejemplo), en una lógica creciente, hábilmente disfrazada, que se expresa con total claridad en lo que ha sido llamado «vientres de alquiler».

Por otra parte, la incesante aunque dispar forma de lucha de las mujeres por la igualdad y por conquistar el espacio que les corresponde en la dinámica social, política y económica, en tanto seres humanos completos, en la vida pública y en el trabajo, ha causado un enorme impacto en todos los aspectos personales y colectivos de la vida ligados a la maternidad. Una maternidad que hasta hace escasos años le era atribuida de forma exclusiva, en una neta diferenciación de roles en la estructura familiar patriarcal (con todo lo que esta palabra implica).

Y no obstante, a pesar de todos estos cambios, vividos personalmente y a menudo conflictivamente por las mujeres, sigue existiendo una gran invisibilidad social (¡cuánto habría que nombrar, destapar y decir sobre las múltiples tareas, los roles que juegan, las variadas funciones que cumplen!). Sigue tri-

vializándose el variadísimo trabajo invisible de muchas madres, que conforma y posibilita, sin embargo, la «infraestructura» de la vida diaria de la mayoría de la población y que resulta más dura para aquellas que disponen de menos recursos. Tal como apunta Laura Freixas en su libro *Madres e hijas*, estamos ante una situación que prolonga sus raíces en una larga historia de invisibilidad social y de silencio público.

En definitiva, los cambios sociales, técnicos y globalmente culturales requieren dar un nuevo significado a la maternidad de hoy en día. Sin olvidar que, en todo caso, van apareciendo nuevas formas de «pater-maternidad», fruto tanto de deseos humanos como de la comercialización antes aludida y del afán de lucro, dirigido sobre todo a los sectores más necesitados del mundo femenino. Este tema, en pleno debate, no excluye sin embargo el problema que personal e individualmente viven las mujeres, en mayor medida las más jóvenes o aquellas que están en edad de riesgo de no ser ya capaces de procrear. Este cambio ha tomado en general –si bien algo menos en los países más avanzados– el aire de un cierto rechazo a la maternidad, que es vivida (queda por analizar el papel a menudo ausente de los varones en todo lo referido a los «cuidados») como una fuerte limitación para obtener otras formas de poder o como mínimo para jugar en condiciones más próximas a la igualdad. Y a la vez ha favorecido algo propio de nuestro voraz sistema económico: la explotación del deseo, que proporciona pingües beneficios a diversas capas sociales que, hábilmente y bajo fórmulas diferentes, venden sus resultados explotando a sectores vulnerables de este mundo ya globalizado. Hoy nos hallamos ante problemas sociales, económicos, éticos y políticos que exigen no solo un rechazo a los límites que impone, en determinados momentos, la maternidad, sino a problemas de orden político, cultural y social.

La contradicción es enorme. Por una parte, se atribuyen a la falta de natalidad muchos de los males ligados al envejecimiento de la población, como ocurre con el futuro de las pensiones. Por otra, se «vende» la maternidad como el gran deseo de unos pocos que pueden permitírselo, sea cual sea su sexo. Y en el mismo centro del problema, en su corazón, hallamos a la mujer, sus deseos (a veces confusos), pero también su responsabilidad, que es cada vez más compartida y a la vez cuestionada por los hombres.

A partir de las muchas maneras en que se expresa y se ha expresado en su breve y desconocida historia, el feminismo ha ido conformando dos grandes líneas o formas. A lo largo de los años, y todavía hoy en día, el *feminismo de la diferencia* ha ido poniendo el acento y valorizado aquellos rasgos del ser humano que hacen que las mujeres sean claramente diferentes de los hombres. Aunque hoy tiene menos seguidoras que antaño, la tradición feminista italiana ha contribuido a mantener vivos algunos aspectos relevantes que se expresan de diverso modo. Aun así, muchos varones siguen considerando las diferencias como formas de inferioridad más o menos explícitas. Una diferencia tan clara como es la del cuerpo humano de la mitad de la humanidad suele ser tratada con criterios que han tomado como referencia patrones masculinos, como explica Carme Valls, médico y autora de *Mujeres, salud y poder*, y eso ha sido así a pesar de la voluntad y el empeño políticos de afianzar la igualdad entre los dos sexos. Esta es la línea mayoritaria en estos momentos. Las que promueven el *me too*, las jóvenes y muchas mujeres de todas edades y condiciones. Junto a estas tendencias, aparece un gran deseo de «paternidad» por parte de parejas que no pueden tener hijos y que buscan en las nuevas técnicas reproductivas o en los alquileres de úteros formas de colmar sus anhelos. Las posibilidades de negocio que ofrecen todas estas opciones plantean cuestiones éticas y políticas que deben ser adecuadamente valoradas si no queremos convertir este mundo en un gran mercado de cuerpos y almas.

Por otra parte, lo predominante en estos momentos, las líneas maestras que han ido diseñando las políticas tanto europeas como mundiales desde la Cumbre de Beijing, tienen que ver con la igualdad, entendida en este caso como posibilidad de realización individual, sobre todo en lo laboral, lo político y lo económico. Se han producido grandes avances en estos terrenos, aunque hay que admitir que la tendencia a «copiar» los modelos masculinos puede acabar deformando la voluntad de cambio de paradigma propuesto. Porque las mujeres no son hombres, a pesar de que todos tengamos, en teoría, los mismos derechos.

Para ser algo más concretos, pensemos en las diferencias más obvias.

La mitad de nuestra población tiene la menstruación entre los once y los trece años: es decir, en la infancia. A partir de ahí, la niña tiene que hacerse cargo

de su cuerpo, de sus cambios, de su higiene. En muchos casos, de los cambios de humor, de las crisis en los estudios, donde fácilmente aparecen altos y bajos inexplicables. Es entonces cuando la niña deja de serlo. Me pregunto cuántos estudios se han realizado para comprender una situación que afecta a la mitad de la población: ¿se explica y previene adecuadamente? La cosa sigue cada mes hasta una edad casi avanzada. Y de pronto se produce otro cambio: la menstruación va desapareciendo, con más o menos desequilibrio hormonal.

Mientras esto llega, ocurren los embarazos o no embarazos. Cada situación con sus propias aventuras corporales, sus riesgos, cambios físicos y psíquicos. En este aspecto, los factores económicos y culturales tienen un peso enorme. Porque cuando es «el momento», el buen momento físico para alumbrar, la mujer joven desea a menudo las dos cosas. Quiere hacer algo diferente o dedicarse a alguna tarea de responsabilidad. Salvo contadas excepciones, se ve obligada a elegir entre tener hijos o abrirse camino en un terreno que no está pensado para ello, sino diseñado en función de un modelo de familia patriarcal donde estaban claras las atribuciones y deberes de cada uno. Cuando llega el momento del «pánico» de la edad, se buscan soluciones difíciles, altamente tecnologizadas y de importante coste económico.

A todo ello hay que sumar la que yo llamo «idealización» de la maternidad. Nadie que haya pasado por la experiencia de tener hijos puede aceptar con tranquilidad las afirmaciones edulcoradas sobre la maternidad, esa angelical experiencia insustituible que, a instancias del mercado, cumple dos funciones: aumentar la venta de productos para bebés y mamás, y seguir estimulando una función que las fuerzas económicas van a intentar manipular a su antojo.

¿Y... ellos? Un poco al margen, en general. A pesar de los avances producidos en los últimos años no llegan a implicarse de la misma manera. Hay mucho que cambiar en este ámbito.

La jornada organizada por la Fundació Víctor Grífols abordó algunas de estas cuestiones, paradojas y contradicciones. La idealización de la maternidad, fomentada a menudo por intereses de mercado, contrasta con la escasa natalidad, consecuencia a su vez de la precariedad laboral, que no anima a los jóvenes a construir una familia.

Los progresos realizados a favor de la igualdad sexual parecen a veces más formales que reales cuando consideramos los escasos avances relativos a la igualdad salarial, las dobles o triples tareas de las mujeres o el mal reparto del trabajo doméstico. La cuestión de la maternidad-paternidad refleja y expresa con nitidez muchas de las enormes contradicciones de un sistema que no ha sabido incorporar la idea feminista de que «lo personal es político».

FUNDACIÓN
VÍCTOR BALBUENA
GRIFFO
LIT

Cómo se vive la maternidad

Carolina del Olmo
Filósofa

Setenta y ocho años han pasado desde que Doris Lessing tuvo su primer hijo, una experiencia sobre la que escribió estas palabras:

Empujaba el cochecito durante horas y horas, o al menos, eso me parecía. No existe aburrimiento más tremendo que el de una mujer joven e inteligente que se pasa el día entero sola con un niño muy pequeño.¹

Aburrimiento, tristeza, soledad, aislamiento, incluso depresión posparto. Han transcurrido ya muchos años, demasiados, para que esta lamentable situación siga siendo en la que se encuentran una infinidad de mujeres cuando dan a luz. Y es que la maternidad, en nuestras sociedades modernas e individualistas, se parece mucho, en exceso, a esa «desafiliación» que describió el sociólogo francés Robert Castel para referirse a los trabajadores precarios que aparecen en escena en los años setenta y ochenta, cuya vida laboral ya no les proporciona ni una identidad ni unas relaciones sociales significativas, ni apenas derechos. Nuestra sociedad vive tan de espaldas a la maternidad y la crianza, a sus ritmos, sus tiempos y sus necesidades, que tener un hijo suele suponer para la mujer cortar los lazos que nos unían a todo aquello que nos definía o sostenía: nuestro empleo, nuestros amigos, nuestras aficiones...

Y es que los procesos de modernización acelerada que han experimentado las sociedades occidentales en el último siglo han traído asociados intensos procesos de disolución de redes. Tribus, aldeas, familias extensas, vecindarios urbanos con orígenes comunes y bien cohesionados... La casi total desaparición de esas formas de vida más o menos comunitarias ha traído consigo algunos avances importantes en términos de liberación y apertura de posibilidades vitales, pero también ha producido un tremendo deshilachamiento del tejido social, una fragilización brutal de los lazos que nos unían a nuestros semejantes y nos proporcionaban sostén, apoyo y protección. El nivel de inseguridad, incertidumbre y precariedad que experimentamos en tanto que individuos posiblemente no tiene parangón con otras épocas.

Pero no solo hemos perdido apoyo y sostén: también hemos perdido una fuente de conocimiento y experiencias vitales fundamentales. ¿Cuántas personas de entre las que se convierten en madres o padres en nuestras ciudades habían colaborado en el cuidado de un recién nacido antes de tener su propio bebé? ¿Cuánta gente ha visto morir a un anciano en casa? ¿Quién ha podido

ayudar en un parto o al menos lo ha presenciado? ¿Cuántos de nosotros hemos cuidado «en serio» antes de ser madres o padres? Estos procesos que formaban parte de la vida diaria y, por tanto, de la socialización habitual de niños y jóvenes en otras sociedades (sobre todo de las chicas), casi han desaparecido de nuestro día a día debido al proceso de modernización, que ha traído consigo la radical reducción del tamaño de las familias y la disolución de otras formas densas de comunidad, así como la reclusión de esos procesos en espacios *ad hoc* atendidos por profesionales: externalización y profesionalización de los cuidados.

Así, despojadas de apoyo real y de saberes experienciales, despojadas de «contexto», las madres recientes somos víctimas propiciatorias de todo tipo de malestares, presas fáciles para los consejos expertos y muy dadas a malinterpretar lo que nos está sucediendo.

Sin embargo, el contexto es absolutamente fundamental. A finales de los años setenta el psicólogo canadiense Bruce K. Alexander llevó a cabo un experimento muy interesante.² Alexander creía que no eran las drogas lo que causaba la adicción, o no, al menos, en el sentido que la comunidad científica tendía a dar por sentado. En efecto, mientras que en el siglo XIX y comienzos del XX las adicciones a opiáceos y otras drogas se percibían como problemas morales, como expresión de debilidad de la voluntad principalmente, a medida que avanzaba el siglo XX se fue imponiendo un paradigma más cientifista que consideraba las adicciones como efectos casi automáticos de algunas sustancias al actuar sobre ciertas zonas del cerebro. Naturalmente, si esto era así, la cruzada contra las drogas estaba más que justificada. Eran sustancias extremadamente peligrosas y cualquiera podía caer en sus redes.

Por supuesto, seguía habiendo quien defendía lecturas bienintencionadas del fenómeno de la adicción, incidiendo en los factores sociales. A ellos contestaba el profesor Avram Goldstein, catedrático de farmacología y una autoridad en la materia, cuando escribía:

Una rata adicta a la heroína no se está rebelando contra la sociedad; no es una víctima de las circunstancias socioeconómicas; no es el resultado de una familia disfuncional ni es tampoco una delincuente. Sencillamente, el comportamiento de la rata está controlado por la acción de la heroína sobre su cerebro.³

En efecto, los experimentos con ratas de laboratorio, dispuestas incluso a morir de hambre con tal de seguir consumiendo heroína, parecían dar la razón a los partidarios de la interpretación bioquímica. Hasta que a Bruce Alexander se le ocurrió una idea tremendamente lógica. «Si yo fuera una rata aislada en una jaula», pensó, «apartada por la fuerza de mis familiares y amigos, con severa privación sensorial, con el cuerpo conectado a unos catéteres y sin nada más que hacer que inyectarme heroína, también lo haría, y hasta morir, sin dudarlo». Para Alexander lo que los experimentos de laboratorio habían mostrado hasta el momento era que los animales –y las personas, sospechaba él– sometidos a una situación de severo sufrimiento tienden a aliviar su malestar farmacológicamente si se les ofrece la oportunidad.

Y para probarlo Alexander construyó su «paraíso para ratones»: diez metros cuadrados de espacio bien acondicionado para acomodar a unos veinte ratones de ambos sexos, con abundancia de comida y lugares apropiados para el esparcimiento, apareamiento y crianza de las camadas. En este recinto instaló dos dispensadores de agua: uno con agua normal, el otro con agua con morfina. Las ratas preferían el agua normal. Probó a azucarar esta con morfina –las ratas son muy golosas–, pero los roedores seguían prefiriendo el agua pura. Y luego les retiró el agua normal, obligándolas a beber agua con morfina durante algún tiempo, llegando hasta los cincuenta y siete días: cuando repuso el dispensador de agua pura, las ratas abandonaron por completo el agua con morfina.

Durante demasiado tiempo, los discursos en torno a la maternidad se han ocupado de algo tan extravagante (y tan poco representativo) como una rata de laboratorio aislada en una jaula, dedicándose al claustrofóbico ámbito formado por la pareja madre-hijo o, a lo sumo, padres-hijos. Han tomado como punto de partida natural una situación de aislamiento que es radicalmente exótica, lo que vuelve inservibles –y a menudo molestos– muchos de los consejos que se emiten y echa por tierra buena parte de las conclusiones que se extraen, por ejemplo, sobre la socialización de los niños.

Esa ceguera selectiva que impide apreciar la importancia del contexto ha lastrado durante mucho tiempo los estudios relativos al comportamiento materno también en otras especies: como denunciaba la primatóloga Sarah

Blaffer Hrdy, cuando se quería analizar la conducta materna de algún animal, se aislaba en una jaula a una madre con sus crías.⁴ Según apunta Hrdy, las hembras de ratón encerradas a solas con sus ratoncillos muestran un comportamiento entre obsesivo y neurótico ¡muy parecido al de las amas de casa burguesas norteamericanas de los años cincuenta! En cambio, estudiadas en libertad, las madres establecían un sinfín de relaciones diversas y significativas con sus crías, con otros adultos, con las crías de otras hembras...

Por supuesto, no es fácil estudiar ejemplares de madres humanas «en libertad»: ciertamente, no nos encierran en jaulas, pero sí padecemos, la mayoría, el aislamiento que propicia la vida urbana, el abusivo predominio del trabajo remunerado, con jornadas maratonianas, y el débil tejido social que hemos heredado de años y más años de corrosión impulsada por la economía de mercado. A este aislamiento real se suma ese otro, el conceptual, que borra del discurso sobre crianza todo lo que no es la pura relación maternofilial.

Como reacción a este panorama tan exótico y artificial para la crianza, algunas corrientes han intentado desbrozar el terreno, apartando la maleza civilizatoria, para tratar de descubrir y reivindicar qué haría una madre natural en un entorno natural. Lamentablemente, no hay una maternidad puramente natural a la que recurrir (hasta nuestros hermanos primates tienen cultura), ni es factible conocer las prácticas propias de las maternidades ancestrales (ni las investigaciones de la paleontología ni las de las tribus de cazadores recolectores actuales son concluyentes, más allá de unos pocos rasgos). Y lo que es seguramente más importante: las mismas prácticas producen efectos diferentes cuando se realizan en un contexto distinto.

Y es que criar en soledad (o incluso en pareja) es algo radicalmente exótico para nuestra especie: los humanos somos, a buen seguro, un grupo animal de crianza cooperativa. La figura del cuidador principal, casi siempre la madre, es fundamental, por supuesto, pero lo que la Sociobiología ha llamado *alomas* (del griego *allōs*: otro, distinto) o madres secundarias (que no tienen por qué ser mujeres) también resultan esenciales. En el ámbito de la crianza se ha difundido la idea de que las madres africanas –que han sido encumbradas en nuestro imaginario como paradigmas de lo natural– cargan constantemente con sus hijos, y no se separan de ellos para nada. Sin embargo, diversas inves-

tigaciones entre grupos de cazadores recolectores como los !Kung o los Efe⁵ (cuyas culturas, de entre todas las existentes a día de hoy, suelen considerarse con mayor o menor acierto las más cercanas a nuestro pasado como especie) muestran un escenario muy diferente al de la madre hiperpresente y totalmente volcada en la crianza que cabría imaginar cuando oímos estas cosas: es verdad que los bebés de ambos grupos están siempre en brazos, pero también es cierto que esos brazos no son solo los de sus madres: entre los Efe, un bebé de tres semanas pasa con sus alomadres una media del 40% del tiempo diario. A las dieciocho semanas, los bebés pasan más tiempo con alomadres que con sus propias madres biológicas, siendo fundamental el cuidado y porteo de niños mayores, que colaboran de este modo dejando que la madre pueda asumir otro tipo de tareas productivas para las que estos chicos y chicas de más edad aún no están preparados.

Pero incluso cuando son los brazos de sus madres quienes los sostienen, aquellas están siempre rodeadas de otros adultos: más de la mitad de los accesos de llanto de un bebé !Kung son atendidos simultáneamente por la madre y otra persona, y entre un cuarto y un tercio de estos son atendidos por alguien diferente de la madre. En suma, es toda la estructura comunitaria de los !Kung la que sostiene y participa del «estilo» parental de las madres !Kung. Los bebés Efe, por su parte, rotan entre numerosos cuidadores, pasan de regazo en regazo e incluso son amamantados por varias mujeres distintas.

Con la modernización, la disponibilidad de esas alomadres dispuestas a compartir la crianza cae en picado. Y es precisamente en el mismo momento en que toda esa red de cuidadores secundarios desaparece, cuando hace su aparición la literatura de crianza y los consejos expertos. Y lo hace para decretar que la crianza es eso que sucede en tu apartamento cuando te dejan a solas con tu bebé, que a los niños los cuidan sus madres –o, como mucho, también sus padres–, obviando siglos de cuidado y educación infantil a manos de terceras personas (con un papel destacadísimo del cuidado prodigado por otros niños un poco más mayores) y que la maternidad es esa loca experiencia de desorden hormonal, soledad y fusión con el recién nacido que se experimenta a solas en un apartamento urbano. A partir de esa convicción, se emiten los consejos más variopintos, todos ellos terriblemente lastrados por esa escandalosa ausencia de contexto.

De hecho, la teoría del apego, cuyo formulador inicial fue John Bowlby y de la que beben de un modo u otro todas las corrientes de crianza intensiva, parte del supuesto de que el apego –esa relación de dependencia, cercanía e intimidad fundamental para el buen desarrollo de un bebé– se produce con un único cuidador, casi siempre la madre. Y aunque parezca que en todas las culturas conocidas existe la figura del cuidador principal (y que, mayoritariamente, ese papel lo desempeña la madre biológica), ¿de verdad podemos pensar que se parecen y tiene efectos similares la conducta (por no hablar de su salud mental o su diversión) de la madre !Kung o Efe y la de la madre moderna, que portea, amamanta y mimica a su hijo en soledad la inmensa mayor parte del día, durante días, semanas y meses?

Lo que es urgente, pues, no es seguir intentando apartar las capas de cultura para descubrir la madre natural que todas llevamos dentro, sino hacernos radicalmente conscientes de que la maternidad o maternidades que hoy vivimos son en buena medida el resultado de condiciones sociales, materiales y políticas que no hemos elegido, que en cierto sentido escapan a nuestro control, y que en términos generales nos impiden cuidarnos adecuadamente a nosotros mismos y, sobre todo, cuidar apropiadamente a los más vulnerables de entre nosotros.

A partir de esta apreciación de la importancia del contexto, podremos evaluar y sobrellevar de otro modo esas recomendaciones que nos instan a pasar más tiempo con nuestros hijos (obviando que en esta sociedad pocos son los que pueden decidir cuántas horas al día dedican a su trabajo); las que inciden en la importancia del contacto constante, el porteo y el colecho; o esas otras que nos animan a escrutar obsesivamente nuestras interioridades psicológicas con objeto de entender qué le pasa (o qué le estamos haciendo) a nuestros hijos. Como si todo estuviera en nuestra mano, como si criarlos como buena parte de los expertos recomiendan –y seguramente como a muchos de nosotros nos gustaría– no requiriera una transformación social de calado, tal vez una revolución.

La maternidad tiene la potencia de hacernos violentamente conscientes de la naturaleza vulnerable y dependiente que todos compartimos, de la necesidad de construir una sociedad en la que atender a esa naturaleza de depen-

dencia mutua y frágil sea factible más allá de excepciones o heroísmos. La maternidad es un buen punto de partida para comprender cómo el capitalismo sabotea cada día la posibilidad de construir esa sociedad, con su creciente mercantilización de todas las cosas, su desprecio por todo lo que no puede ser monetizado, su impulso al comportamiento competitivo e individualista en detrimento de la cooperación, su encumbramiento del ciudadano como consumidor hedonista y la radical inseguridad vital a la que nos aboca a la mayoría.

Y aquí me gustaría dar un pequeño salto argumental: el 8 de marzo de 2018 supuso una fuerte sacudida en muchos aspectos, y en un tema como la maternidad esta nueva ola feminista tiene –por fin– mucho que decir: toca recoger el guante.

La palabra «cuidados» está experimentando un auge imparable. La idea de vulnerabilidad y fragilidad como componentes fundamentales del ser humano se abre camino, el mito de la autosuficiencia individual se resquebraja poco a poco. Al mismo tiempo, se da voz a esas experiencias de maternidad marcadas indeleblemente por la ambivalencia: desde Adrienne Rich a Jane Lazarre, desde los blogs de los diarios digitales hasta los grupos de ayuda mutua de madres. La estampa de la maternidad rosa y almibarada cada día resulta menos creíble por lo que, seguramente, el enfrentamiento del mito con la experiencia real será cada vez menos doloroso. Además, desde el 15M, en el discurso público ha ganado fuerza la conversación sobre precariedad, sobre pobreza, sobre las indecentes condiciones materiales en las que vive la clase trabajadora, y que hacen que, mientras tres de cada cuatro mujeres aspiran a tener, al menos, dos hijos –y la cifra crece cuando se descarta a las más jóvenes–, el número de hijos por mujer en España sea de 1,34, y que un 25% de las mujeres nacidas en los años setenta no vaya a tener descendencia, cuando se calcula que solo un 5% de estas no-maternidades responde a una decisión meditada.⁶

Así, poco a poco, la posibilidad de resocializar la maternidad o, al menos, de comenzar a hablar de ella, se va abriendo camino. La propuesta de financiar permisos iguales e intransferibles para los dos progenitores, al margen de su acierto o desacierto, pone de relieve que poco a poco, como sociedad, nos

vamos haciendo conscientes de lo que cuesta criar un hijo, en términos de esfuerzo, tiempo, dinero y obstáculos laborables.

Sin embargo, algunos obstáculos amenazan con empañar las buenas noticias. Yvonne Knibiehler decía hace años que, una vez conquistado nuestro derecho a no ser madres, quedaba ahora conquistar el derecho a serlo sin perdernos por el camino. Cuando publiqué *Dónde está mi tribu*, en 2013, identificaba fundamentalmente dos formas de «perdernos teóricamente» en nuestras maternidades: la biologización y la psicologización. Tanto la tendencia a recurrir constantemente a datos científicos –a secreciones del sistema endocrino, a experimentos con topillos y otros mamíferos inferiores, a la conducta observada de algunos primates o a la Neurobiología– como la obsesiva indagación en nuestro interior psicológico y en nuestra «mochila emocional» en busca de explicaciones para todo lo que se tuerce en nuestras crianzas, me parecían trabas para comprender en su profundidad la vertiente social, moral y política de la experiencia materna. La Biología y la Psicología nos permiten acotar la vivencia de la maternidad y el cuidado de nuestros hijos en el marco de una experiencia individual, ya sea puramente personal o propia de toda la especie.

Por supuesto, tanto la Biología como la Psicología desempeñan un rol importante en nuestra maternidad (y en cualquier otro aspecto de nuestras vidas). Pero el predominio de la lectura de un fenómeno con un marcado carácter social y moral como la experiencia del cuidado en parámetros puramente biológicos o psicológicos me parecía –y me sigue pareciendo– un error teórico y un obstáculo práctico de importancia.

He sostenido y sostengo que lo más valioso de la maternidad es la experiencia del cuidado (y especialmente del cuidado de un ser vulnerable, frágil y en desarrollo, que avanza hacia una creciente autonomía).⁷ Que es, pues, algo que puede experimentar cualquier ser humano, hombre o mujer, y no algo privativo de la madre biológica. Sigo pensando que es fundamental comprender la maternidad como una relación social, intensísima, pero no diferente cualitativamente de otras relaciones sociales, que pueden y muchas veces deben estar marcadas por la interdependencia, el cuidado, el apoyo mutuo y el compromiso. Y que la Biología no debe asumir el papel principal

en el debate sobre el tipo de maternidades que queremos vivir. No obstante, los argumentos con los que, muchas veces, se defienden los permisos iguales e intransferibles, así como los que se usan para defender una práctica tan dudosa moralmente como la gestación subrogada, entrañan un desprecio por la maternidad en sentido biológico que, como mujeres, no deberíamos dejar pasar. Así, desde el constructivismo social más ciego, se nos dicen cosas como:

El esencialismo –la atribución de características esenciales o «por naturaleza» distintas a hombres y mujeres por el hecho de serlo– hace mucho tiempo que ha sido desautorizado por las ciencias sociales. La antropología ha demostrado cómo el llamado «instinto maternal» es una construcción cultural con poco más de dos siglos de vigencia. Mujeres y hombres estamos igualmente dotados para atender las necesidades de las criaturas recién nacidas a excepción de la lactancia natural; e incluso esta se puede repartir con las técnicas actuales de conservación de la leche materna.⁸

Por supuesto, una cosa es argumentar que hay razones morales, sociales o políticas por las cuales debemos impedir que los datos procedentes de las ciencias en general, y de la Biología en particular, usurpen el lugar de una decisión en la que queremos que pesen también otros datos no científicos (como la de quién cuidará de un bebé, en particular durante los primeros meses, o si una mujer amamantará o no a su hijo), y otra muy distinta es rechazar de plano que los datos científicos puedan cumplir un papel en la toma de decisiones, o incluso –como se hace en el fragmento citado– negar directamente la existencia de esos datos científicos.

En el caso de los defensores de los vientres de alquiler, el desprecio flagrante por lo que supone un embarazo y un parto es tan evidente que no merece la pena detenerse a comentarlo. A esta banalización de la maternidad biológica se suma además el individualismo posesivo⁹ más extraviado, desde el que se insiste en que el cuerpo es de cada uno, y cada uno hace con él lo que quiere. La libertad de las mujeres que tantas veces se ha tenido que defender frente a antiabortistas furibundos, esa libertad que se peleaba como exigencia del reconocimiento de un derecho frente a una fuerza que lo niega, se pervierte y se entiende ahora como un extravío delirante del concepto de libertad burguesa, como la posibilidad, siempre abierta, de vender no ya

solo la propia fuerza de trabajo, sino el resto de las capacidades y funciones del cuerpo.

Buena parte del feminismo ha construido buenos argumentos en contra del individualismo posesivo, resaltando la interdependencia que necesariamente exigen nuestros cuerpos vulnerables y denunciando la ficción de la autonomía individual. Creo que es importante que nos tomemos en serio este avance argumental, y no solo frente a los embates del individualismo mercantil más ramplón: atravesamos unos momentos en los que la crítica –absolutamente necesaria– a las relaciones tóxicas y la hiperdependencia femenina casi como patología, así como el rechazo –absolutamente comprensible– al cuidado como sacrificio personal obligado para las mujeres, amenazan con hacernos olvidar que la interdependencia y el compromiso, junto con la obligación moral de cuidar, son los valores humanos básicos sobre los que será posible construir una sociedad en la que la vida se sitúe en el centro.

Notas

1. Lessing D. Dentro de mí. Barcelona: Destino; 1997.
2. Lo cuenta Slater L. Cuerdos entre locos: grandes experimentos psicológicos del siglo XX. Barcelona: Alba; 2006.
3. Ibid.
4. Blaffer Hrdy S. Mothers and others: the evolutionary origins of mutual understanding. Cambridge (MA): Harvard University Press; 2011.
5. Cf. Konner M. Hunter-Gatherer Infancy and Childhood. The !Kung and Others. En: Hewlett BS, Lamb ME, editores. Hunter-Gatherer Childhoods. Nueva York: Routledge; 2005, y Tronick EZ, Morelli GA, Winn S. Multiple Caretaking of Efe (Pygmy) Infants. *American Anthropologist*. 1987; 89(1).
6. Castro T, Martín T, Cordero J, Seiz M. El desafío de la baja fecundidad en España. En: Blanco A, Chueca A, López-Ruiz JA, Mora S, coordinadores. Informe España 2018. Madrid: Universidad Pontificia de Comillas; 2018.

7. Que el ser al que prodigas cuidados avance hacia la autonomía no es, en absoluto, un detalle sin importancia: seguramente sea la base de lo que Sara Ruddick ha identificado como «humildad» del «pensamiento maternal» en su interesantísimo artículo «Maternal Thinking»: «la humildad es una actitud metafísica que uno adopta frente a un mundo que está más allá de nuestro control. La humildad implica un profundo sentido de los límites de las propias acciones y la impredecibilidad de sus consecuencias [...]. La humildad no es un hábito de autoanulación [...], es más bien un respeto altruista por la realidad y una de las virtudes más importantes y difíciles» (Ruddick S. Maternal Thinking. Feminist Studies. 1980; 6(2): p. 351).
8. Fragmento procedente de la sección «preguntas frecuentes» de la web del colectivo PPIINA. 2019. Disponible en: <https://igualeseintransferibles.org/preguntas-frecuentes-faq/>.
9. El individualismo posesivo es la doctrina –propia de las sociedades de mercado– según la cual el individuo accede a su libertad en la medida en que se comprende a sí mismo como propietario de su persona y sus capacidades, antes que como un todo moral o como una parte del cuerpo social (véase Macpherson CB. La teoría política del individualismo posesivo. Madrid: Trotta; 2005).

La maternidad en primera persona

Gemma Cánovas

*Psicóloga clínica-psicoterapeuta, especializada en
Psicología de las Mujeres, Maternidad y Familia*

1. Cómo ubicar la maternidad

La vida cotidiana de muchas madres es una carrera de obstáculos para disfrutar de la maternidad en un sentido pleno y a menudo contracorriente, a fin de que, a su vez, también se abran paso nuevas y diversas opciones de vivirla sin los condicionamientos del pasado. En este panorama poliédrico –propio de nuestras sociedades– se instalan hoy en día los modelos familiares y la maternidad.

Antes de entrar en una descripción y reflexión en torno a las situaciones existenciales que escucho día a día en los servicios públicos y en la consulta privada, así como a mi alrededor y –por qué no añadirlo– como producto también de mi experiencia personal como madre, habría que aclarar que la maternidad no define la identidad femenina de forma total: aunque la puede incluir, no todas las mujeres son madres ni quieren serlo y no por eso dejan de ser mujeres. Más allá de las cuestiones relativas al género, lo que se ha constatado desde el trabajo psicológico con mujeres madres es que la mujer que espere encontrar respuesta a la pregunta de qué es una mujer a partir exclusivamente de la maternidad, se encontrará con una respuesta parcial. Al igual que la identidad de las mujeres, que requiere ser construida a lo largo del tiempo, la maternidad no viene dada únicamente por factores biológicos sino también por una tarea de construcción y mantenimiento de un vínculo psicoafectivo en el día a día durante años.

Cuando las mujeres buscan de forma insistente la respuesta a su identidad a través de la maternidad, pueden encontrar que el hijo o hija siga expresando un malestar de origen emocional, como por ejemplo dificultades para dormir, dificultades de alimentación, de conducta etc., como una forma de trasladar de nuevo la pregunta a sí mismas en forma de *feedback*. De ahí que, en las consultas, no se trate solo de escuchar aquello que vienen a explicar acerca de sus hijos o hijas, sino, sobre todo, de escucharlas a ellas en profundidad. Los resultados en cuanto a la mejora de las criaturas son sorprendentes, pues estas dejan de cargar el peso que llevaban y que no les corresponde.

La incorporación de los hombres a las tareas de crianza de los hijos –totalmente justo y necesario– no nos debe hacer perder de vista que si bien casi todas las funciones pueden ser intercambiables en la crianza, esto no es

así con respecto a la posición subjetiva materna y paterna. Las mujeres viven su maternidad y los padres viven su paternidad desde posiciones que no vienen dadas solo por razón de sexo sino también por sus historias vitales y familiares personales. La mujer que pasa a ser madre no parte de la nada, sino que entra en la línea generacional materna, con todo lo que ello implica, y lo mismo sucede con el hombre-padre. Por lo tanto, hablaremos también de posición materna y paterna. En una primera fase de la infancia, la llamada figura materna (no tiene por qué ser la biológica, puede ser la madre adoptiva) es básica para ejercer la función de espejo que precisará el bebé para construirse como sujeto. Para ello se requiere una cierta estabilidad y que la madre pueda desarrollar la dimensión real y concreta, pero también la simbólica de su posición. La maternidad –como dice D. Stern– transforma la identidad de las mujeres; es una experiencia transformadora con más relieve que la transformación del hombre en padre por implicaciones diversas: biológicas, históricas, culturales y, evidentemente, subjetivas.

La capacidad creadora de las mujeres ha sido envidiada por los hombres durante siglos, llegándose incluso a negar su dimensión simbólica o, en el mejor de los casos, a reducirla a una idealización que oculta al sujeto-mujer, con sus necesidades, límites y carencias. No obstante, las madres tienen una gran influencia en sus hijos, de una intensidad aún mayor en el caso de las hijas.

En palabras de D. Stern: «Usted siempre ha sido hija de su madre y, a pesar de su relación mejor o peor, esto ha estado siempre en el centro de su identidad».

La maternidad, pues, transforma la identidad de la mujer, por lo que ha de ser definida en términos de construcción a largo plazo.

2. La maternidad en primera persona

Dicho esto, pasaremos a continuación a describir aquellos factores de riesgo más frecuentes que afectan a la cotidianidad de la maternidad hoy en día, entre los que destacaremos:

- **Dificultades de conciliación.** Las dificultades de conciliación familiar y laboral inciden en producir un malestar emocional y psicofísico

en las mujeres, quienes, de forma en apariencia paradójica, suman al rol clásico de guardianas del hogar el de mujeres laboralmente activas, no solo por deseo de realización personal, sino por pura necesidad cuando viven también en pareja. Este malestar se traduce después de unos años en trastornos psicológicos e incluso orgánicos a edades tempranas. Es significativo que no se hable mucho de la conciliación entre espacio propio y maternidad, que es la básica conciliación, debido a los mensajes que han recibido las mujeres durante siglos de ser las cuidadoras por excelencia... pero sin cuidarse a sí mismas.

- **Separaciones y divorcios.** La progresiva tendencia a que se produzcan separaciones y divorcios a los pocos años de matrimonio o convivencia da paso a situaciones derivadas de procedimientos legales de custodia de los hijos o hijas, lo cual se convierte en una fuente de conflicto para las madres. Estas, especialmente en los casos de maltrato psicológico –base de todos los malos tratos–, sufren, impotentes, cómo el padre-progenitor tiene acceso a las custodias compartidas o pernoctaciones, incluso en situaciones en que el riesgo de los menores es evidente. Custodias compartidas aplicadas a criaturas de un año o dos de edad, sin considerar que están en una etapa básica de construcción del yo y que el pensamiento abstracto no se instala en ellas hasta alrededor de los siete años. Amenazas recibidas a través de los hijos como arma de batalla por parte de padres más bien nominales y legales que efectivos, ya que maltratar a una madre implica siempre maltratar a los propios retoños. El sufrimiento respecto a los hijos es un sufrimiento añadido para estas mujeres. También el hecho de ver reducido el tiempo de convivencia con ellos, con una división matemática del tiempo entre la pareja, sin considerar que el derecho en todo caso es de los menores y que la construcción y el sostenimiento de un vínculo con la figura paterna no pasa por repartir matemáticamente el número de días y horas, sino de la calidad del vínculo, sobre todo en una primera etapa de la infancia en que la presencia estable de una figura parental y una vivienda es esencial para el desarrollo psicoafectivo de los niños y las niñas.

- **Área profesional.** Se sigue practicando la penalización de la maternidad. Un ejemplo son las preguntas en las entrevistas de selección de personal: «¿Tiene pensado tener hijos?». Si la respuesta es afirmativa puede ser motivo de no contratación, o que la trabajadora sufra trabas para pedir reducciones de horario o excedencias, o que en el retorno tras la baja de maternidad sea apartada de su anterior puesto o categoría de trabajo, entre otras muchas situaciones injustas. Al respecto, cuando una mujer comunica en su entorno laboral que está embarazada, no es infrecuente que escuche la frase: «Tenemos un problema» cuando, por ejemplo, está en una coyuntura de ascenso profesional en la empresa.

Los estudios demográficos más recientes constatan la bajada progresiva de la natalidad en nuestro país, igualada con el número de defunciones. ¿Se plantean los gobernantes que una sociedad sin suficiente apoyo a la natalidad –y especialmente a las mujeres que quieren tener hijos– produce este tipo de consecuencias? Hacen falta medidas para flexibilizar horarios de trabajo, ayudas económicas y transformar la percepción de que traer criaturas al mundo es únicamente una elección producto de un deseo individual, así como valorar la crianza no solo en el sentido práctico del término (cuidados materiales, alimentación, etcétera), sino como una función esencial de acompañamiento en la construcción de la identidad de una persona que se convertirá en un adulto o adulta en el futuro. Una sociedad que no valora en profundidad esta tarea, muy poco se valora, en el fondo, a sí misma.

- **Reproducción asistida:** ¿Por qué se quiere ser madre? No es lo mismo deseo que demanda, como muy bien señaló Silvia Tubert en su libro *Mujeres sin sombra*. Hay demandas que conectan con mandatos inconscientes del tipo: «Hay que ser madre» sea como sea, demandas instauradas también en el inconsciente colectivo de muchas mujeres.
 - A día de hoy nos encontramos con un sistema instaurado en la sociedad a un ritmo progresivamente imparable. Como sabemos, hay diferentes procedimientos de reproducción asistida: del más simple –inseminación artificial con dotación genética de la pareja reproductora–, pasando por la donación anónima de óvulos o esperma en la fecundación *in vitro*, al controvertido eufemismo de *maternidad subrogada*.

- La maternidad subrogada está prohibida en España y en esta línea se posicionó el Comité de Bioética en un documento que se puede encontrar en internet. Sin embargo, es practicada por parejas que acuden a algún país extranjero –generalmente del tercer mundo– donde mujeres en situación precaria se ofrecen para alquilar sus vientres. Así como en el campo de la adopción hay una cultura elaborada a lo largo de los años y se ha roto el tabú del silencio de forma mayoritaria, en este ámbito nos encontramos con dificultades para gestionar a nivel psicológico los efectos emocionales negativos que pueden tener sobre las mujeres y los hijos e hijas derivados de tales prácticas, no solo inmediatamente después de los procedimientos, sino a largo plazo. Los medios de comunicación frivolan este tipo de filiación, presentando de forma superficial a personajes públicos que han optado por este sistema y transmitiendo a la población una imagen totalmente alejada de una realidad compleja, sin mostrar los factores implicados tanto a nivel de las mujeres portadoras como de las variables que inciden en la prehistoria del sujeto, como bien señala Ricardo Rodulfo en su obra *El niño y el significante*.

3. Propuestas para que las mujeres madres ganen calidad de vida

Invertir en prevención es invertir en calidad de vida y salud. En relación con la maternidad, es fundamental que las mujeres puedan dejar de desgastarse en el día a día en un contexto de economía neoliberal y sociedad líquida que, como señala Zygmunt Bauman, al no interesarle mucho que los vínculos sean estables, cataloga a las personas básicamente como productoras-consumidoras, sin velar por el derecho al desarrollo personal; otra forma, por cierto, de ejercer un patriarcado que, como sabemos, es camaleónico, y no apuesta por la dimensión simbólica de la maternidad, reduciendo esta a tareas de crianza de tipo práctico. No es suficiente marcar como único objetivo abrir más guarderías, una reivindicación que, por otra parte, suscribimos. Las mujeres

debemos poder ser responsables de lo que significa ser madre (saber que la crianza implica un esfuerzo), pero también, de forma paralela, reivindicar el disfrute del hecho de ser madres sin caer en mitos idealizadores. Por ello, deben sentirse respetadas, escuchadas y orientadas, a gusto consigo mismas en lugar de ser adoctrinadas. Los mecanismos sociales han de poner a su disposición posibilidades de escoger, ya que lo que puede convenir a una mujer tal vez no convenga a otra, siendo esto válido tanto para temas relativos al embarazo como a la lactancia, el parto o el posparto. También en cuanto a qué puede o debe hacer la mujer que ha tenido un bebé, como por ejemplo volver rápido al trabajo o no y en qué condiciones, lo cual dependerá de cada caso, circunstancia y mujer.

Facilitar –como señala Jean Shinoda en *El millonésimo círculo*– la creación de grupos de diálogo y reflexión de mujeres madres o a punto de serlo en diversos espacios, de modo que las que lo deseen puedan compartir –en el marco de una sociedad marcadamente individualizada– las experiencias, dudas y temores que las invaden, con o sin acompañamiento profesional en función de cada contexto o circunstancia vital.

Asimismo, por último, también se debería favorecer una mayor flexibilidad en el mundo laboral, tendente a transformar no solo las leyes o normativas, sino también las *miradas* con respecto al hecho de traer hijos al mundo, ya que la igualdad de derechos hombre-mujer no debe ser incompatible con ser conscientes de las diferencias. En definitiva, que el discurso de la igualdad no se convierta en copiar hábitos clásicos masculinos negativos, sino en encontrar otros caminos que vayan en la dirección de ganar calidad de vida y salud global.

F U N D A C I O N
V Í C T O R I A
Q U Í T O
I L U

La igualación de maternidad y paternidad como nuevo avatar de un orden patriarcal

Patricia Merino Murga

Presidenta de PETRA Maternidades Feministas

Actualmente, los movimientos sociales que aspiran a construir una sociedad mejor suelen hablar de «poner la vida en el centro». No creo que sea posible «poner la vida en el centro» sin poner el inicio y el origen de cada vida concreta en el centro, es decir, sin que maternidad e infancia ocupen un lugar central en la agenda política.

En esta publicación hablamos de maternidad, y es importante hablar de ella como un hecho biosocial específico y propio de las mujeres porque, aunque se trata de un debate que está en plena emergencia, el feminismo hegemónico aún se resiste a hacerlo, y en su discurso la maternidad y la crianza suelen quedar sistemáticamente subsumidas, invisibilizadas y ninguneadas en ese indiferenciado cajón de sastre que son los cuidados.

Según Nancy Fraser, la falta de reconocimiento es no ver reconocido el propio estatus de interlocutora plena en la interacción social, y, además, verse impedida a participar en la vida social en igualdad de condiciones.¹ Esta ha sido exactamente la situación de las madres hasta ahora; y es por eso que escribí *Maternidad, Igualdad y Fraternalidad*, con la voluntad de construir un discurso genuinamente político para que las madres pudiéramos devenir interlocutoras sociales activas y reconocidas. La plataforma PETRA de madres feministas es una de las manifestaciones de que ahora las madres ya están finalmente emergiendo como sujeto político.

La banalización y el ocultamiento de la maternidad son una constante en un pensamiento progre ultraconstructivista que cree tener la llave de la igualdad. Y, sin embargo, muchas tememos que esta estrategia nos esté llevando hacia nuevas formas de explotación económica y de opresión patriarcal. El texto de la Proposición de Ley de permisos iguales e intransferibles presentado por Podemos es un buen ejemplo de esa ocultación y negación de la maternidad, ya que en él los «partos» se convierten en «nacimientos», las «madres» en «progenitores 1 o 2» y los «neonatos» en «niños y niñas».²

Hasta ahora, cuando desde el feminismo hegemónico se ha abordado de manera explícita la maternidad ha sido para discutir la cuestión de la empleabilidad femenina, o bien para denunciar su carácter alienado: la maternidad como mandato patriarcal y como maldición biológica. No cabe duda de que la relación entre las mujeres que crían y el empleo es muy problemática, por

no decir que existe una verdadera incompatibilidad entre crianza y mercado laboral.

Vivimos inmersos en una cultura que naturaliza el empleo como única forma posible de acceder a los recursos y los derechos sociales. Según los patrones de valor actuales, las relaciones de reciprocidad sin contenido mercantil-productivo son insignificantes, y es por eso también que prácticas como la prostitución o la maternidad subrogada pueden hoy contemplarse tranquilamente como «un empleo cualquiera».

Son las estructuras socioeconómicas las que precarizan la maternidad y sustentan la jerarquía de género. Por eso, un proyecto de futuro igualitario no puede asentarse sobre los axiomas que sostienen esas mismas estructuras. El principal de esos axiomas hoy en día es el que instituye el empleo en su forma mercantilista como la única vía posible hacia la ciudadanía y el bienestar. Para construir un futuro justo y que merezca la pena ser vivido es preciso transformar esa norma económico-cultural, pero no las bases biosociales de la maternidad. Sin embargo, es esto último lo que hasta ahora viene planteando el feminismo hegemónico en sus propuestas políticas, tales como los permisos iguales e intransferibles.

En los países más igualitarios ya hay políticas que canalizan recursos y derechos por vías diferentes de la participación en el empleo. Son políticas universalistas y redistributivas que conceden beneficios a la ciudadanía independientemente de su vínculo con el mercado, por ejemplo a todos los menores, o bien a las personas de bajos recursos que están criando.

En mi libro impugno la idea dominante, omnipresente, y absolutista de que el mercado laboral y las políticas vinculadas a él tengan la capacidad de traer justicia, igualdad y emancipación a la mayoría de las mujeres. Creo que desde esta perspectiva chata y acomodaticia no podremos orientarnos hacia algo diferente. Como dice John Holloway: «el trabajo asalariado es un complemento del capital, no su negación [...] y para crear un mundo diferente hay que buscar las grietas [...], las grietas comienzan con un no, y a partir de ese no crece la dignidad».

* * *

Es curioso que justo ahora, cuando la biología deja de ser una tiranía para las mujeres, cuando finalmente somos capaces de controlar nuestra fertilidad y tenemos las herramientas para reapropiarnos de nuestras maternidades y vivir crianzas gozosas, florezcan discursos devaluadores de la maternidad; unos discursos que, paralelamente, enaltecen una paternidad enfocada –yo diría que obsesivamente– en la crianza temprana.

Vivimos tiempos de recrudescimiento del patriarcado.

Y no es en las altas esferas del mercado laboral, allí donde se dirimen las cuestiones relacionadas con el techo de cristal, donde se producen sus más duras ofensivas. Hoy muchas de las más peligrosas amenazas a la dignidad y la libertad de las mujeres están orientadas a agredirlas en lo tocante a su vivencia de la maternidad. La maternidad siempre ha sido un eje sobre el que ha pivotado la dominación patriarcal. La conquista de la igualdad ante la ley, la generalización del uso de la contracepción y el acceso de las mujeres a recursos económicos propios mitigó esa dominación. Pero en las últimas décadas el patriarcado ha mutado, y ha encontrado nuevos flancos por donde atacar.

Algunos de esos flancos son:

- Las custodias compartidas impuestas, una norma legal en la que casi siempre en contra de la voluntad de las madres, y con gran sufrimiento para los menores –a veces bebés–, se impone por la fuerza de la ley el deseo de un padre que a menudo solo quiere ahorrarse la pensión, y que en otros casos –peores– se vale de la ley para infligir sufrimiento a su ex mujer.
- Otro son los derechos de visita concedidos a padres denunciados y condenados por maltrato (durante el tercer trimestre de 2017, el régimen de visitas se suspendió solo en un 2,3% de las órdenes de protección concedidas en la fase de instrucción, según el Consejo General del Poder Judicial. La patria potestad, en un 0,3%).³
- En parte como consecuencia de lo anterior, el año pasado seis menores murieron asesinados a manos de sus propios padres.⁴
- Otros ataques inciden en la capacidad procreadora de las mujeres, actualmente a la venta. El boyante negocio de la reproducción es hoy

uno de los más lucrativos y de más rápido crecimiento. Por un lado, las jóvenes venden sus óvulos sin ser debidamente informadas de los verdaderos riesgos de la intervención a la que se someten; y, por otro, la normalización de la maternidad subrogada, que permite que los varones puedan comprar bebés sin madre pero con sus genes a discreción, a veces a pares como Cristiano Ronaldo, a tríos, y hasta dieciséis como hizo en Tailandia un joven millonario japonés.⁵

Sin duda, la maternidad es un eje fundamental de la actual ofensiva patriarcal.

Es posible que la actual violencia de las prácticas de explotación y expropiación de la maternidad tengan que ver con el hecho de que hoy la paternidad es ya técnicamente prescindible: hay bancos de esperma, y las mujeres económicamente solventes pueden mantener solas a una familia. De hecho, un 12% de los bebés nacen ya en familias monoparentales, la mayoría familias monoparentales.

Muchos hombres perciben esto como una gran amenaza, y seguramente ese es el gran miedo que subyace a la pulsión patriarcal de dominación. Es una pena que así lo perciban, porque el carácter prescindible de la paternidad podría ser la clave para que los hombres comprendan la importancia del trabajo de cuidados, del compromiso en las relaciones humanas, y también que ellos no pueden ser el centro de una nueva sociedad igualitaria «que ponga la vida en el centro». Posiblemente sea de la no aceptación de esta prescindibilidad de la paternidad de donde nace la insistencia y la obsesión de algunas propuestas de las llamadas «nuevas masculinidades» que pretenden igualar a toda costa maternidad y paternidad en contra de toda evidencia científica, experiencial y del sentir común. Desde este igualitarismo mal entendido se afirma que los padres pueden perfectamente hacer lo mismo que las madres. Esto es falso, y el hecho de que los varones no puedan amamantar es solo una parte de la diferencia. Pero más importante aún es que el feminismo no debiera de concentrarse en aquello que los padres pueden, quieren, demandan o desean; sino en lo que quieren, demandan y desean las madres. Lo que caracteriza a los patriarcados es precisamente el hecho de que los padres suelen tener bastantes facilidades para satisfacer sus deseos, mientras que las madres a menudo no pueden disponer ni siquiera de lo que necesitan.

La igualación de maternidad y paternidad es un error, y lo que es peor: oculta un nuevo avatar del orden patriarcal, ya que esta imposible identidad solo se puede verificar mediante la negación de la maternidad, y la ocultación y manipulación de sus muy reales, corporales y aparentes manifestaciones empíricas.

* * *

Prácticamente todas las feministas nos hemos posicionado clara y contundentemente en contra de los vientres de alquiler. Y, sin embargo, el feminismo hegemónico parece no ver o reconocer la profunda y peligrosa relación existente entre algunos de los que hasta ahora han sido sus postulados básicos en lo relativo a la maternidad y la terrible facilidad con la que la actual ofensiva patriarcal ha logrado institucionalizar y normalizar en las últimas décadas toda una serie de coacciones y explotaciones contra las mujeres vinculadas de manera directa e indirecta con el hecho de la maternidad.

Estos postulados son la completa igualdad de paternidad y maternidad y el carácter construido y no «natural» de la relación madre-criatura.

Es importante considerar todas las implicaciones que tiene la defensa de estas dos ideas. Si maternidad y paternidad son exactamente lo mismo, y si la relación madre-criatura es construida y cultural como todas las demás, entonces pisamos una base muy poco sólida para argumentar por qué la maternidad subrogada es un atentado tan grave a la dignidad humana. Si los argumentos principales para rechazar la maternidad subrogada se limitan a cuestiones socioeconómicas, y son similares a los que se utilizarían para criticar cualquier explotación laboral, no se comprende la verdadera naturaleza de esta explotación. La maternidad subrogada reduce a la madre a la categoría de esclava y a la criatura a la de mercancía; pero, además, lo que ahí ocurre es que se «fabrica» una vida nueva de manera planificada para luego, al nacer, romper deliberadamente el primer vínculo de ese ser humano, un vínculo que en ese momento es vital e irremplazable.⁶ Esa ruptura es el acto más cruel que se puede perpetrar contra el neonato y la madre en ese momento, y sus efectos en la psique de la criatura están aún por evaluar.⁷

La igualación absolutista de paternidad y maternidad, y la banalización de esta última como experiencia biológica y existencial son operaciones ideoló-

gicas que en su día el feminismo de la igualdad no combatió, incluso podemos decir que a menudo propició. Hoy vemos cómo estos postulados están siendo usados como soporte ideológico para defender prácticas como las custodias compartidas impuestas, la maternidad subrogada y todas las agresiones a la maternidad antes mencionadas. Son nuevas estrategias para un fin político antiguo: salvaguardar el poder patriarcal mediante el eficaz dominio del padre sobre las madres y las criaturas.

Creo que el hecho de que la maternidad, como potencia, como experiencia corporal y sexual, y como derecho propio de las mujeres haya sido el aspecto más ignorado, soslayado y trivializado por el pensamiento progresista y por el feminismo hegemónico en las últimas décadas tiene mucho que ver con que sea precisamente por ahí por donde vienen hoy muchas de las más graves agresiones del patriarcado.

Un feminismo fuerte no puede contemplar la capacidad de procrear de las mujeres como una deficiencia, como un mandato externo alienante por defecto. La capacidad de procrear y amamantar es lo único que realmente nos diferencia de los varones, pero además de plantearnos problemas es también un poder, un poder que el patriarcado siempre ha tratado de apropiarse.⁸ Un análisis erróneo de lo que la maternidad es como experiencia propia de las mujeres y como característica biosocial de la especie no podrá nunca ser la base de una emancipación real. Y un feminismo que no cuente con un discurso sobre maternidad sólido y contrastado, y sustentado por un número significativo de madres, no tiene futuro.

Creo que la cuarta ola del feminismo será aquella que definitivamente barra el antimaternalismo como posición normativa del feminismo. Además, la inclusión de la maternidad como experiencia propia de las mujeres en la reflexión feminista puede traer una visión más universalista; un universalismo que es necesario ante el panorama actual de explotación de las mujeres a escala planetaria, y que tiende a dividirnos en todos los ejes posibles: de clase, de raza, de etnia, de orientación sexual, de religión, de opciones reproductivas, de ideología... Quizá nuestra capacidad de procrear –como potencia positiva y poderosa– pudiera ser un aglutinante, un motivo de unión entre las mujeres, con independencia de lo que cada una decida libremente hacer con esa potencia que es suya.

Ojalá la cuarta ola sea la definitiva irrupción de la conciencia de que si bien nuestra capacidad de procrear es efectivamente el lugar donde enraíza la opresión, es también fuente de poder, el suelo donde encontrar las claves y poner los fundamentos para una igualdad real, pero no mediante su negación –que es exactamente lo que siempre ha hecho el patriarcado–, sino dándole un valor central dentro de las reivindicaciones feministas. Construyamos un feminismo que defienda la maternidad como algo valioso, propio de las mujeres y controlado por ellas, fundamento de cualquier grupo humano, y cuyo reconocimiento es un requisito imprescindible para construir cualquier sociedad justa.

Notas

1. Fraser N. Heterosexismo, falta de reconocimiento y capitalismo: una respuesta a Judith Butler. *Social Text*. 1997; 52-53.
2. Proposición de Ley 122/000223, 7 de mayo de 2018.
3. La justicia mantiene el régimen de visitas con sus hijos a condenados por violencia machista a punto de entrar en prisión. *El diario.es*. 2-1-2018. Disponible en: https://www.eldiario.es/sociedad/justicia-condenados-violencia-machista-considera_0_725127632.html.
4. El 2017 es el año con más niños asesinados por violencia de género contra sus madres. *Público*. 12-10-2017. Disponible en: <https://www.publico.es/sociedad/2017-ano-ninos-asesinados-violencia-genero-madres.html>.
5. La «factoría de bebés» del joven Shigeta. *El Mundo*. 25-8-2014. Disponible en: <https://www.elmundo.es/internacional/2014/08/24/53f89cf8ca47415e258b4574.html>.
6. Bergman N. The neuroscience of birth –and the case for Zero Separation. *Curationis*. 2014; 37(2). Disponible en: <https://www.ncbi.nlm.nih.gov/pubmed/25685896>.
7. Olza I. Los aspectos médicos de la gestación subrogada desde una perspectiva de salud mental, holística y feminista. *Dilemata*. 2018; 28: 1-12.

Disponible en línea: <https://www.dilemata.net/revista/index.php/dilemata/article/view/412000243/600>.

8. Merino P. Maternidad subrogada: vosotras parís, nosotros decidimos. *Pikara*. 4-7-2017. Disponible en: <http://www.pikaramagazine.com/2017/07/maternidad-subrogada-vosotras-paris-nosotros-decidimos/>.

Problemas y virtudes de la maternidad adoptiva

Eva Gispert

Directora y fundadora del Instituto Familia y Adopción

«Solo sé que nada sé»,
Sócrates (470-399 a. C.)

«Sostener en el vacío para transformarlo»

A mi madre Paquita:
¡Qué lección de modestia la de ser madre!

Adopté mi tercer hijo con la convicción de que yo había tenido mucha suerte a pesar de algunas dificultades y con la idea de que yo lo haría mejor que mi madre. Me preparé muy bien personal y profesionalmente y después, incluso, creé el Instituto Familia y Adopción con el objetivo y esperanza de que los hijos e hijas adoptados y familias adoptivas no se sintieran tan solas como yo, y mi madre y mi padre, nos llegamos a sentir en algunos momentos.

La maternidad adoptiva se diferencia de la biológica al depender aquella de si a nuestro hijo o hija la vida le ha sacudido con experiencias traumáticas. ¡En la adopción tenemos la certeza de que esto es así! Al abandono, que ya es, por sí solo, una forma de maltrato, hemos de añadir, además, el estrés de la madre durante la vida intrauterina, los malos tratos o abusos en la familia de origen y las estancias más o menos prolongadas en instituciones. Todo ello crea unas *memorias traumáticas* que, normalmente, quedan congeladas y no se recuerdan por pura supervivencia. Si esto no se corrige en su mente, su vida estará condicionada en mayor o menor medida por el estrés y el dolor, e irá articulando unos patrones de funcionamiento que no jugarán a su favor. Se mueven en la incertidumbre, la duda, la inseguridad, el miedo a equivocarse y quedarse solos, de nuevo, con la culpa de haber hecho algo mal, de no ser lo suficientemente buenos y lo bastante merecedores de afecto. Reproches más o menos inconscientes que se hacen ellos mismos. Sin embargo, probablemente lo expresarán, no como yo lo estoy haciendo, sino a través de sus conductas y actitudes. Su autoestima es débil, les cuesta mucho confiar, sustentándose, sobre todo, en la atención, la mirada y la respuesta del otro. Necesitan que les quieran tal como son y no como proyectos según nuestros valores y circunstancias. Las actitudes de rebeldía o rabia, los síntomas de miedo y desesperación, se suman y entrecocan, encontrando cobijo o límite en los traumas y vivencias de sus padres y madres adoptivos.

Por eso, el mensaje que necesitan es que pase lo que pase, cuando nos necesiten, allí nos encontrarán. Pero ¿qué significa exactamente que siempre nos encontrarán? y ¿cómo transmitir adecuadamente este mensaje para que les llegue y no se confunda con el no poner límites y una estructura, que también necesitan?

También en nosotros y nosotras se entabla un diálogo interno fruto del miedo y la impotencia:

- ¿Cómo sostener la angustia de nuestro hijo o hija si no podemos sostener la nuestra?
- ¿Qué impotencia cuando sabes qué le pasa (incluso podríamos ponerle nombre y palabras), pero no quiere recibir nuestra ayuda!
- ¿Cómo hacerle sentir que estamos allí y que puede contar con nosotras como madres, pero, al mismo tiempo, lograr que no se instale en la evasión o en el no hacer, y pueda extraer de sí mismo los recursos y potencial que también sabemos y vemos que tiene?
- ¿Cómo sostenernos para no caer en el miedo, y en la rigidez al dar nuestra respuesta?
- ¿Cómo hacer para encontrar el equilibrio entre lo que hemos aprendido de nuestras madres y lo que vemos que también ellos necesitan realmente?
- ¿Qué hacemos cuando entendemos lo que le pasa, cuando incluso sentimos que su situación es similar a la que nos está pasando a nosotros mismos, y tampoco encontramos la salida?

A menudo nos sale la rigidez y el refugio fácil del «¡aquí mando yo!», en sus distintas formas y variaciones, fruto del miedo que sentimos a perder o a que no se respete nuestra autoridad. Resulta difícil no dejarse llevar por este tipo de respuesta y simplemente confiar. Nuestra propia historia de búsqueda de atención y afecto, que toda persona necesita, a menudo conlleva que no podamos estar en plenitud y tan disponibles como nos gustaría para acompañarlos. Es esencial que nos observemos como hijas, como personas, como pareja, como familia que somos; buscar a un o una profesional para que nos acompañe, si es necesario. Cuidarse, aprender nosotros para poderlos nutrir y ayudar a que también aprendan ellos. Existe un elemento transformador en los contactos/vínculos profundos que establecemos. Todos tenemos ejemplos

en la familia y fuera de la familia, amigos y amigas, profesores y profesoras etcétera, figuras significativas que nos han ayudado a dar pasos gigantes en nuestro crecimiento personal e intelectual a lo largo de nuestra vida.

Si nos empequeñecemos a nosotros mismos difícilmente podremos dar fortaleza y autoestima a nuestros hijos. Tomar conciencia de nuestros patrones de funcionamiento interno, y trabajar para modificarlos, es el camino para que podamos estar más serenos y empáticos y dar una respuesta más constructiva a nuestros hijos. Salirse del cómo deberíamos ser y estar para poder quererse desde el confiar y ayudarles así a aprender, a confiar también en la vida y en ellos mismos.

Claudio Naranjo afirma: «Para sanar la sociedad, tenemos que sanar a la familia y, para sanar a esta, tenemos que sanar, primero, la familia interior». Como colectividad, todavía nos falta una política y una educación cuyo fin sea el desarrollo de la conciencia. Conocimientos e información abundan, ¡pero integrar todo para actuar con auténtica sabiduría desde el corazón es otro cantar!

Los traumas que desde la primera infancia arrastran estos niños y niñas hace que tengan una baja tolerancia a la frustración. Muchos de ellos están como ausentes en la escuela, o deciden abandonarla en la época de la adolescencia porque ya no pueden más. Se sienten impotentes para responder a lo que todo el mundo espera de ellos. Especialmente a nosotros y nosotras. Arrastran serios conflictos en sus vidas que van solucionando como pueden, muchas veces dejándolos abiertos por el camino y olvidándose de ellos. Huyen hacia delante. Y de repente aparecen todos a la vez. Tantos interrogantes y tantas preguntas a responder que no resulta difícil entender que el ámbito escolar deja de tener interés para ellos. Si ya cualquier adolescente tiene dificultades para encontrarse a sí mismo, imaginemos enfrentarse a la propia identidad con memorias traumáticas, muchas veces no codificables, que vuelven a aparecer en la vida cotidiana en diferentes formatos. De pronto se hacen presentes todos los fantasmas del pasado, pero sin un recuerdo racional porque, cuando pasó, eran demasiado pequeños (y no me refiero, solo, al recuerdo de la familia biológica). Consciente o inconscientemente se preguntan sobre su identidad, o, lo que es lo mismo, sobre quiénes son y quieren ser. Y aquí es cuando aparece el vacío y los síntomas fruto de sus vivencias traumáticas, a menudo disfrazados de rebeldía. Se sienten no queridos, indignos,

culpables y además, por si no fuera poco, tienen la inevitable sensación de ser desagradecidos porque no pueden corresponder como les gustaría. Interpretan situaciones que se producen en su vida cotidiana ajenas a ellos como «no me quieren, no les gusto, no valgo lo suficiente», y esto les hace desistir, alejarse, rebelarse, en definitiva, huir, en la forma que pueden hacerlo.

Tienen en su mente otras cosas más urgentes que reclaman su atención inmediata. Y ¿qué hacemos nosotros? Exigirles directa o indirectamente que vayan a clase, que estudien, que saquen las asignaturas, que se comporten adecuadamente en casa y que no pierdan de vista lo que se están jugando. Sin embargo, ellos están en otra guerra, luchando contra esos enemigos invisibles fruto de aquellas vivencias de la primera infancia que se vuelven a poner en guardia, también, con las experiencias del presente. En estos momentos, la fuga es una de las pocas salidas dignas que les queda, y aunque nos desespere, es la única que saben y pueden hacer. El «yo no valgo, lo hago todo mal, soy un desastre» no les deja autorregularse esos momentos de soledad que, para otras personas, resultan tan reparadores. Esta memoria ya está, ya lo han vivido en el pasado, aunque no puedan recordarlo racionalmente.

El bebé precisa de una continuidad y armonía en la relación con su madre, necesita sentir que está atenta a su reclamo, que reconoce sus necesidades y que asume la responsabilidad de atenderlas. Así es como aprendemos a sentirnos seguros los humanos. La madre se convierte en un continente seguro para el desarrollo de su identidad y la regulación de sus emociones. Así, aprendiendo cuestiones básicas que configuran nuestra identidad, aprendemos a confiar en que nuestras necesidades serán satisfechas y somos estimables, merecedores o merecedoras de atención y cuidado. Esto no es lo que experimenta un niño o una niña adoptados, sino abandono, negligencias, abusos y malos tratos de diverso tipo que los sitúa constantemente en un estado de estrés durante un largo periodo de tiempo. Con estas condiciones es muy difícil que puedan ir creando una identidad completa, segura, bien diferenciada y caracterizada por una imagen positiva de sí mismos. Ya en el vientre de la madre, su olor, la frecuencia cardíaca, la voz, hace que el bebé se calme. Y al nacer también, cuando nos lo traen por primera vez. Esto, si durante un periodo de tiempo no está, se rompe, con independencia de que otra persona tome el relevo. Para el niño o la niña es una experiencia traumática de inseguridad, de

estrés y pánico que, aunque no tenga un recuerdo consciente, igualmente deja huella. La ansiedad –y el subsiguiente cortisol que se desprende de todas estas vivencias, muy parecido al estrés postraumático– afecta negativamente al cerebro. Les queda grabado en la memoria que es difícil confiar en la permanencia del vínculo. Así, suelen mostrarse profundamente dependientes de su entorno inmediato, aunque parezca todo lo contrario, y su autoconcepto suele ser muy bajo. Cuando dependen de la benevolencia y arbitrariedad de los adultos tienen un sentimiento de indefensión y desconfianza. Suelen desarrollar un estado de ánimo triste, aunque a menudo se presente en una conducta «sobreadaptada» como mecanismo de supervivencia, haciendo lo posible para satisfacer las exigencias y deseos de los colaterales y adultos. En muchos casos es lo que se llama trastorno reactivo de vinculación.

A mí, como hija adoptada, me ha sido de gran ayuda la presencia incondicional de personas que sentía que confiaban en mí, me querían y entendían (porque saben de estos temas), con cuyo apoyo iba construyendo un vínculo permanente y continuo entretejido con un relato de mi historia y de mí misma coherente y valioso para mí. Y esto es lo que ha hecho posible que pueda sostener y transformar la impotencia, la tristeza y el vacío, y dar el paso hacia un diálogo interno conmigo misma envuelto de consuelo y serenidad que va forjando el aprendizaje de confiar en mí misma y en la vida. De esta forma, y no de otra, podremos transmitírselo, con nuestra simple pero intransferible e incondicional *presencia*, a nuestro hijo o hija.

Termino con un fragmento del libro *La voz pública de las mujeres*, de Dolores Renau, referencia y ejemplo de mujer, madre y persona de gran estima para mí: «Solo el ser humano es capaz de sentir, identificar y señalar mediante el lenguaje algunas ausencias que, transformadas y convertidas en discurso y actos con capacidad de impulsar avances y progresos [...]; la conciencia de la ausencia transforma a esta en una presencia significativa [...] se establece una tensa y momentánea convivencia entre normas, modelos y ritos arraigados en las profundidades de nuestra estructura personal y colectiva y el empuje de las nuevas fuerzas liberadas por la “toma de conciencia”...».

Por último, quisiera agradecer a Eva Maria Ferreiro Carracedo su ayuda en la escritura de este artículo.

Relación de ponentes

- Gemma Cánovas, psicóloga clínica-psicoterapeuta, especializada en Psicología de las Mujeres, Maternidad y Familia, autora del libro *El oficio de ser madre. La construcción de la maternidad*.
- Carolina del Olmo, filósofa y autora de *¿Dónde está mi tribu? Maternidad y crianza en una sociedad individualista*.
- Patricia Merino, presidenta de PETRA Maternidades Feministas y autora de *Maternidad, Igualdad y Fraternidad*.
- M. Dolors Renau, psicóloga, escritora y política.
- Eva Gispert, directora y fundadora del Instituto Familia y Adopción.

Títulos publicados

Cuadernos de Bioética

49. *Publicidad y salud*
48. *Prioridades y políticas sanitarias*
47. *Ética y donación de plasma: una mirada global*
46. *Comités de Ética y consultores clínicos: ¿complemento o alternativa en la ética asistencial?*
45. *CRISPR... ¿debemos poner límites a la edición genética?*
44. *Crisis y salud mental en niños y jóvenes: ¿causa o consecuencia?*
43. *¿Debemos revisar el concepto de muerte?*
42. *Iatrogenia y medicina defensiva*
41. *Eutanasia y suicidio asistido*
40. *Ethical aspects of research with children*
39. *Discapacidad, nuevos enfoques y retos éticos a la luz de la Convención de la ONU*
38. *Ética, salud y dispendio del conocimiento*
37. *Determinantes personales y colectivos de los problemas de la salud*
36. *Ética y altruismo*
35. *Treinta años de técnicas de reproducción asistida*
34. *Ética de la comunicación corporativa e institucional en el sector de la salud*
33. *Alcance y límites de la solidaridad en tiempos de crisis*
32. *Ética y salud pública en tiempos de crisis*
31. *Transparencia en el sistema sanitario público*
30. *La ética del cuidado*
29. *Casos prácticos de ética y salud pública*
28. *La ética en las instituciones sanitarias: entre la lógica asistencial y la lógica gerencial*
27. *Ética y salud pública*
26. *Las tres edades de la medicina y la relación médico-paciente*
25. *La ética, esencia de la comunicación científica y médica*
24. *Maleficencia en los programas de prevención*
23. *Ética e investigación clínica*
22. *Consentimiento por representación*
21. *La ética en los servicios de atención a las personas con discapacidad intelectual severa*
20. *Retos éticos de la e-salud*
19. *La persona como sujeto de la medicina*
18. *Listas de espera: ¿lo podemos hacer mejor?*
17. *El bien individual y el bien común en bioética*
16. *Autonomía y dependencia en la vejez*
15. *Consentimiento informado y diversidad cultural*
14. *Aproximación al problema de la competencia del enfermo*
13. *La información sanitaria y la participación activa de los usuarios*
12. *La gestión del cuidado en enfermería*
11. *Los fines de la medicina*
10. *Corresponsabilidad empresarial en el desarrollo sostenible*
9. *Ética y sedación al final de la vida*
8. *Uso racional de los medicamentos. Aspectos éticos*
7. *La gestión de los errores médicos*
6. *Ética de la comunicación médica*
5. *Problemas prácticos del consentimiento informado*
4. *Medicina predictiva y discriminación*
3. *Industria farmacéutica y progreso médico*

2. *Estándares éticos y científicos en la investigación*
1. *Libertad y salud*

Informes de la Fundació

6. *La interacción público-privado en sanidad*
5. *Ética y biología sintética: cuatro corrientes, tres informes*
4. *Las prestaciones privadas en las organizaciones sanitarias públicas*
3. *Clonación terapéutica: perspectivas científicas, legales y éticas*
2. *Un marco de referencia ético entre empresa y centro de investigación*
1. *Percepción social de la biotecnología*

Interrogantes éticos

5. *Pedagogía de la Bioética*
4. *Repensar el cuerpo*
3. *La subrogación uterina: análisis de la situación actual*
2. *Afectividad y sexualidad. ¿Son educables?*
1. *¿Qué hacer con los agresores sexuales reincidentes?*

Para más información: www.fundaciongrifols.org

FUNDACIÓ
VÍCTOR
GRÍFOLS
i LUCAS